

Castro acusado por sus amigos: Cuba y sus campos de muerte

Por EUDOCIO RAVINES

(Especial para "La Prensa")

México, julio de 1971

Simpatizantes que se rectifican

La prensa francesa mostró siempre una amorosa debilidad por el régimen de Castro en Cuba. El establecimiento del comunismo en la isla no fue estimado como victoria francesa, pero sí como derrota norteamericana.

Ahora se produce el fenómeno inverso. Castro pierde sus amigos y, lo peor, los transforma en enemigos. La famosa revista "Paris-Match" en una de sus recientes ediciones trae cuatro páginas cargadas de horribles acusaciones, las que son certificadas por Jean Cau y por Jerome Duhamel.

Jean Cau afirma: "Hoy, Cuba se envuelve en silencio y en terror. Estos últimos años, estos últimos meses, la revolución está dando la imagen del engranaje ineluctable, de la vertiginosa fatalidad histórica que hace suceder a los días de fiesta los siguientes de terror. El castrismo se ha convertido en un stalinismo".

Los periodistas franceses han perdido, según parece, el romanticismo de las barbas, de las boinas, de las metralletas a la bandolera, para caer en la cuenta de que en Cuba impera el régimen del paredón, de la policía secreta, de los campos de concentración y de la sevicia de tipo hitleriano.

El tético reportaje de "Paris-Match" dice: "El propósito no es describir la forma en que la terrible evolución se ha operado, sino en levantar el velo que oculta los infiernos cubanos, exhibiendo algunos testimonios. Así, no es en un diario 'reaccionario' sino en 'Regeneración', órgano del movimiento libertario cubano, donde nos informamos del fusilamiento con ametralladora de veintidós prisioneros políticos... La civilización comunista ha inventado las 'gavetas', celdas de 70 centímetros de ancho por 1,80 de largo donde encierra juntos a tres presos, que viven hacinados, haciendo allí todas sus necesidades. En el hospital de El Príncipe los presos enfermos son operados por estudiantes de medicina y los que van a ser fusilados sufren la extracción de su sangre para que el gobierno haga el don humanitario de ella a los heridos de Vietnam y de Laos".

Testimonios de prisioneros

Jean Cau ofrece el testimonio de un antiguo prisionero, actualmente en el exilio, Antonio Borro, de 64 años. Maestro de escuela, fue arrestado en presencia de sus alumnos, conducido a la prisión central de Santiago de Cuba y golpeado brutalmente. Sangrando fue encerrado en una celda en la que no se podían dar cuatro pasos y donde permanecían dos presos más escualidos y sucios. No había servicios de ninguna especie; sus necesidades tenían que hacerlas sobre el piso.

Por las tardes, los guardias traían con ellos a un preso portador de un cubo, en el que debía recoger el excremento con las manos. Varias veces —dice Borro— vio cómo los guardianes hundían la cabeza del preso en la inmundicia. Cada quince días se llevaba a los presos a duchas colectivas, donde ingresaban desnudos en grupos de cincuenta. Cada uno debía tomar un puñado de polvo detergente para usarlo en el baño. Los guardias se divertían cerrando las llaves del agua caliente para dejar caer sólo la

fría; pero era peor cuando cerraban la de agua fría para dejar caer sobre los cuerpos de los presos agua casi hirviendo. Sobre esto lanzaban una lluvia de polvo de azufre, de modo que al salir, cada preso tenía la piel en carne viva. Sobre esta llaga, cada preso debía ponerse el vestido hecho de la arpillera con que se fabrican las bolsas para cereales o azúcar.

Jean Cau narra cómo cada preso sólo recibe una comida al día. Un poco de arroz mal cocido, que es servido sobre el piso. De allí deben recogerlo y repartírselo los presos de la "gaveta", comiendo con las manos. A menudo estallaban disputas entre los forzados compañeros de gaveta, sobrevenían reyertas y asesinatos. Los guardias no intervenían sino para sacar los cadáveres, diciendo: "¡Mejor... más carne para nuestros médicos!".

Otro de los testimonios lo recoge Jean Cau de José Antonio Pereira, de Bayamo. Ingeniero agrónomo, amigo de la intimidad de Fidel Castro, trabajador ardoroso por la construcción del socialismo hasta 1967.

Por meterse a redentor

El delito que purgó Pereira fue el de haber tratado de insinuar a su amigo Fidel que las fuerzas del pueblo cubano estaban agotadas. Como nada consiguiera con sus lamentos personales, recurrió a otros para hacer juntos una gestión en común ante Fidel. Esto fue el 16 de septiembre de 1967 por la mañana. Por la noche, la policía le sacaba con su mujer y sus dos niños hacia un campo de concentración. Pabellones de cemento, muros de treinta centímetros de espesor, rejas de gruesos barrotes, celdas minúsculas.

Pereira fue acusado de traición; su esposa quedaría libre pero sus hijos serían internados para que se les enseñara a "ser hombres". Tiempo después recibió una nota: "Su señora falleció repentinamente..." "Durante cuatro años debí trabajar cavando la tierra... un ingeniero amigo mío me sirvió de cómplice y favoreció mi evasión. En un camión cisterna fui llevado hasta una barcaza, a bordo de la cual llegué a Honduras.

"Se nos hacía cavar fosas de dos metros de hondo y se nos hacía acostar dentro, de espaldas. Bajo el tórrido sol del mediodía. Cada fosa llevaba una piedra con el nombre y la fecha de nacimiento de cada uno. Cada día era obligatorio repetir la operación. Varios murieron de insolación.

"Una tarde reunieron en una sala a una cincuentena de hombres. Los guardianes empujaron dentro a una bella muchacha completamente desnuda. Ninguno de aquellos hombres, la mayoría entre veinte y treinta años, se acercó a la infeliz mujer. ¡Los guardias quedaron defraudados!..."

El reportaje de la autorizada revista francesa detalla episodios macabros que evocan las más amargas páginas de la literatura sobre el sadismo totalitario de nuestra época, sobre la envilecida sevicia impuesta por la política del nazi-fascismo y del comunismo. Y es como si la crueldad del castrismo estuviese empeñada en superar todas las marcas dejadas atrás por el hitlerismo y por el stalinismo. Cierran la siniestra información con estas palabras que son como el clamor desesperado de nuestra época: ¡Cuba... No!